

Número suelto € 1,00. Número atrasado € 2,00

L'OSSERVATORE ROMANO

EDICIÓN SEMANAL



EN LENGUA ESPAÑOLA

Unicuique suum Non praevalent

Año LII, número 21 (2.668)

Ciudad del Vaticano

22 de mayo de 2020

A cinco años de la Laudato si'

HACER DE LA CRISIS UNA
OPORTUNIDAD PARA UN MUNDO
SOSTENIBLE



Homilía de Francisco durante la misa celebrada en la tumba del Pontífice polaco en el centenario de su nacimiento

Con Juan Pablo II Dios vivió su pueblo

Durante estos meses de cuarentena en los que no se ha podido celebrar misa en presencia de fieles, debido a las restricciones para frenar la pandemia de coronavirus, se han retransmitido en vídeo en directo, cada día, desde el 9 de marzo, las misas matutinas que el Papa celebra en la Casa Santa Marta. Ha sido una forma de llevar el magisterio de Francisco y la esperanza del Evangelio a las casas de los fieles de todo el mundo y un modo también de acompañar al Pueblo de Dios en estos tiempos difíciles. En sus homilías, el Pontífice ha recordado y ha pedido que se rece por todos los afectados por el virus, los enfermos, las víctimas y sus familiares. Y también por quienes están sufriendo las consecuencias de la pandemia. Además ha pedido oraciones por el personal sanitario y por todos los que cuidan de los enfermos, por los pobres, por los sacerdotes que no han abandonado a su rebaño en estos momentos duros, por los ancianos y las personas solas, por los últimos, los descartados, los indefensos, los presos. También por los colectivos de trabajadores de servicios esenciales que se han mantenido en primera línea durante la pandemia, y especialmente por aquellos que «nadie ve», como las personas que limpian los hospitales, las calles o que recogen los cubos de la basura. Francisco también ha llamado a las autoridades del mundo a impulsar un espíritu de colaboración y solidaridad.

El 18 de mayo, el Pontífice celebró la última misa que se retransmitió en directo en vídeo, ya que ese día en Italia se reanudaron las celebraciones litúrgicas con fieles. El Papa ha compartido la alegría de las comunidades que pueden reencontrarse, «es una señal de esperanza», ha dicho. Y ha pedido que se respeten las prescripciones que ofrecen las autoridades «para proteger la salud de cada uno y la del pueblo».

Además, la fecha coincidió con el centenario del nacimiento de san Juan Pablo II, Wadowice, Polonia, en 1920, por lo que Francisco celebró la misa matutina en la basílica de San Pedro, en la capilla en la que se encuentra la tumba del Papa Wojtyła, para recordarlo «con gran cariño y agradecimiento». Francisco reanudó con esta homilía el culto público en la basílica vaticana, que, como la plaza San Pedro, llevaba algo más de dos meses cerrada, como medida de prevención para evitar la propagación del coronavirus. Publicamos, a continuación, la homilía pronunciada por el Pontífice.

«**P**orque Yahveh en su pueblo se complace» (Salmos 149, 4), hemos cantado, era el estribillo del canto interleccional. Y también una verdad que el pueblo de Israel repetía, que le gustaba repetir: «El Señor ama a su pueblo». Y en los momentos malos, siempre «el Señor ama»; hay que esperar cómo se manifestará este amor. Cuando el Señor enviaba, por este amor, a un profeta, a un hombre de Dios, la reacción del pueblo era: «El Señor ha visitado a su pueblo» (cf. *Éxodo* 4, 31), porque lo ama, lo ha visitado. Y lo mismo decía la multitud que seguía a Jesús al ver las cosas que hacía Jesús: «Dios ha visitado a su pueblo» (cf. *Lucas* 7, 16).

Y hoy aquí podemos decir: hace cien años, el Señor visitó a su pueblo. Envío a un hombre, lo preparó para ser obispo y dirigir la Iglesia.

Recordando a san Juan Pablo II, retomamos esto: «El Señor ama a su pueblo», «el Señor ha visitado a su pueblo»; envió a un pastor.

¿Y cuáles son, digamos, los «rasgos» de buen pastor que podemos encontrar en san Juan Pablo II? ¡Muchos! Pero señalamos solo tres. Como dicen que los jesuitas dicen siempre tres cosas, digamos tres: oración, cercanía a la gente, amor a la justicia. San Juan Pablo II era un hombre de Dios porque rezaba y rezaba mucho. Pero, ¿cómo es que un hombre que tiene tanto que hacer, tanto trabajo para guiar a la Iglesia..., tiene tanto tiempo de oración? Sabía bien que la primera tarea de un obispo es rezar. Y esto no lo dijo el Vaticano II, lo dijo san Pedro, cuando eligieron a los diáconos, dijeron: «Mientras que nosotros nos dedicaremos a la oración y al ministerio de la Palabra» (cf. *Hechos* 6, 4).

La primera tarea de un obispo es rezar, y él lo sabía, y lo hizo. Modelo de obispo que reza, la primera tarea. Y nos enseñó que cuando un obispo hace un examen de conciencia por la noche debe preguntarse: ¿cuántas horas he rezado hoy? Hombre de oración.

Segundo rasgo, hombre de cercanía. No era un hombre separado del pueblo, al contrario iba a buscar al pueblo; y viajó por todo el mundo, reuniéndose con su pueblo, buscando a su pueblo, acercándose. Y la cercanía es uno de los rasgos de Dios con su pueblo. Recordemos que el Señor le dice al pueblo de Israel: «Y, en efecto, ¿hay alguna nación tan grande que tenga los dioses tan cerca como lo está Yahveh nuestro Dios siempre que le invocamos?» (cf. *Deuteronomio* 4, 7). Una cercanía de Dios con el pueblo que luego se estrecha en Jesús, se fortalece en Je-

sús. Un pastor está cerca del pueblo, por el contrario, si no lo está, no es un pastor, es un jerarca, es un administrador, quizás bueno, pero no es un pastor. Cercanía al pueblo. Y san Juan Pablo II nos dio el ejemplo de esta cercanía: cercano a los grandes y a los pequeños, a los que están cerca y a los que están lejos, siempre cercano, se hacía cercano.

Tercer rasgo, el amor por la justicia. ¡Pero la justicia plena! Un hombre que quería la justicia, la justicia social, la justicia de los pueblos, justicia que aleja las guerras. ¡Pero la justicia plena! Es por esto por lo que san Juan Pablo II era el hombre de la misericordia, porque la justicia y la misericordia van juntas, no se pueden distinguir [en el sentido de separar], están juntas: justicia es justicia, misericordia es misericordia, pero no se halla la una sin la otra. Y hablando del hombre de justicia y misericordia, pensamos en lo que hizo san Juan Pablo II para que la gente entendiera la misericordia de Dios. Pensemos en cómo llevó a cabo la devoción a santa Faustina [Kowalska] cuya memoria litúrgica desde hoy será para toda la Iglesia. Había sentido que la justicia de Dios tenía este rostro de misericordia, esta actitud de misericordia. Y este es un don que nos ha dejado: la justicia-misericordia y la misericordia justa.

Pidámosle hoy que nos dé a todos, especialmente a los pastores de la Iglesia, pero a todos, la gracia de la oración, la gracia de la cercanía y la gracia de la justicia-misericordia, misericordia-justicia.

L'OSSERVATORE ROMANO

EDICIÓN SEMANAL EN LENGUA ESPAÑOLA
Unicumque autem Non precedunt

Ciudad del Vaticano
redazione.spagnola.0r@spc.va
www.osservatoreromano.va

ANDREA MONDA
director

Giuseppe Fiorentino
subdirector
Silvina Pérez
jefe de la edición

Redacción
via del Pellegrino, 00120 Ciudad del Vaticano
teléfono 39 06 698 99410

TIPOGRAFIA VATICANA EDITRICE
L'OSSERVATORE ROMANO

Servicio fotográfico
photo@ossrom.va

Publicidad: Il Sole 24 Ore S.p.A.
System Comunicazione Pubblicitaria
Via Monte Rosa 91, 20149 Milano
segreteria@redazione.ossrom.va

Tarifas de suscripción: Italia - Vaticano: € 58,00; Europa (España + IVA): € 100,00 - \$ 148,00; América Latina, África, Asia: € 110,00 - \$ 160,00; América del Norte, Oceanía: € 162,00 - \$ 240,00. Administración: 00120 Ciudad del Vaticano, teléfono + 39 06 698 99 480, fax + 39 06 698 85 164, e-mail: suscripciones.0r@spc.va.

En México: Arquidiócesis primada de México. Dirección de Comunicación Social. San Juan de Dios, 224-C. Col. Villa Lázaro Cárdenas. CP 14730. Del. Tlalpan. México, D.F. teléfono + 52 55 2652 99 55, fax + 52 55 5598 75 32; e-mail: suscripciones@semanariovaticano.mx.
En Perú: Editorial salesiana, Avenida Brasil 220, Lima 5, Perú; teléfono + 51 42 337 82; fax + 51 431 67 82; e-mail: editorial@salesianos.edu.pe.

Iniciativas por el aniversario de la encíclica *Laudato si'*

Una nueva relación con la tierra

Esta semana, el 24 de mayo, se celebra el quinto aniversario de la publicación de la encíclica del Papa Francisco *Laudato si'*, un hito que llamó la atención del mundo hacia el estado cada vez más precario de nuestra casa común. El hecho de que la efeméride coincida con un momento crítico, como la pandemia de coronavirus, hace que el mensaje profético de este importante documento del Papa Francisco sea aún más significativo. Como recuerdan en el Dicasterio para el servicio del desarrollo humano integral, la encíclica constituye “una guía moral y espiritual para la creación del nuevo paradigma de un mundo más solidario, fraterno, pacífico y sostenible”. Esta crisis, señalan, “es una oportunidad única para transformar la destrucción que nos rodea en una nueva forma de vivir: unidos en el amor, la compasión y la solidaridad, y en una relación más armoniosa con la naturaleza, nuestra casa común”. La COVID-19 ha manifestado claramente lo profundamente conectados e interdependientes que estamos todos. Para comenzar a pensar en el mundo que vendrá después de la pandemia, necesitamos un enfoque integral, “dado que todo está íntimamente relacionado, y los problemas actuales requieren una mirada que tenga en cuenta todos los factores de la crisis mundial”.

Para destacar la importancia de la encíclica *Laudato si'* en este período crucial, el Dicasterio para el Servicio al desarrollo humano integral ha establecido que desde el 21 de mayo de 2020 hasta el 24 de mayo de 2021 se celebre un *Año especial de aniversario de la Laudato si'*. El año de aniversario ha comenzado con la Semana Laudato si', que se ha celebrado del 16 al 24 de mayo y ha consistido en varias iniciativas conjuntas realizadas en todo el mundo con un claro énfasis en una “conversión ecológica en acción”. El objetivo de la conmemoración es recordar que la urgencia de la situación requiere respuestas inmediatas, holísticas y unificadas en todos los niveles: local, regional, nacional e internacional. Como el Papa Francisco nos recuerda, “todos podemos colaborar como instrumentos de Dios para el cuidado de la creación, cada uno desde su cultura, su experiencia, sus iniciativas y sus capacidades” (LS, 14).

Iniciativas en América Latina

En Chile, del 18 al 23 de mayo, una serie de debates y programas impulsados por el Vicario Apostólico de Aysén, Luis Infanti della Mora, y que contaron con la participación de representantes de la Iglesia y de la sociedad civil que lideran iniciativas para defender y promover el cuidado del planeta, se retransmitieron diariamente por Radio Santa María. “Creemos —dijo el prelado— que es importante aprovechar los cinco años de esta poderosa encíclica para evaluar, mirar, criticar y proponer desde la Patagonia cómo seguimos tratando a la Tierra a la luz de este texto, que nos ofrece una mirada evangélica para construir una nueva relación con nuestro maravilloso, bello y precioso planeta, que Dios Padre ha dado a cada uno”.

En Brasil, el programa elaborado por la Comisión Episcopal Especial de Ecología Integral y Minería (Ceem) de la Conferencia Episcopal Brasileña (CNBB) se titula “Semana Laudica Si, 5 años: Ecología Integral y Minería”. En él, hasta el 25 de mayo, se desarrollan diariamente conferencias temáticas sobre el documento pontificio, con la participación, entre otros, de representantes de la comisión, profesores e investigadores de diferentes organismos.

En Argentina, se ha dado un gran espacio a las redes sociales en la preparación del evento: de hecho, se han creado espacios de comparación y discusión en los que se han llevado a cabo diversas iniciativas, además de las ya lanzadas, para profundizar el contenido de la encíclica y así dar seguimiento a la invitación dirigida a los fieles por el Obispo de La Rioja, Dante Gustavo Braidá, a través de una carta a la comunidad y a los grupos pastorales de la diócesis titulada “Tiempo de pandemia, tiempo de oportunidad a la luz de *Laudato si'*”.



“Estamos atravesando este tiempo de pandemia que nos ha llevado a realizar varios cambios en nuestras conductas —escribe el obispo— y nos deja entrever que otras realidades más profundas tienen que renovarse en la sociedad para que el mundo en que vivimos dé posibilidades a todos sus habitantes de vivir y crecer dignamente”. “Para que esas transformaciones sean posibles —continúa—, es necesario que todos participemos y nos sintamos protagonistas. Es muy iluminador ver cómo el papa Francisco en *Laudato si'*, ya nos anticipaba una serie de falencias o debilidades de este mundo que traen consecuencias nefastas para muchas personas quitándoles libertad y dañando sus vidas como ser el consumismo, la autorreferencialidad, el vivir a toda velocidad, el vacío del corazón... lo que trae como consecuencia violencia y destrucción recíproca, etc. Pero, al mismo tiempo, el

Papa nos manifiesta que es posible cambiar de rumbo, que es posible un volver a empezar animándonos a buscar ‘otro estilo de vida’ con otros parámetros o valores”.

Año especial *Laudato si'*

El Dicasterio para el Servicio del desarrollo humano integral quiere recordar que las varias “grietas que se observan en el planeta que habitamos” (LS, 163) son demasiado evidentes, desde el deshielo de los casquetes polares en el Ártico hasta los incendios forestales en la Amazonia, desde los fenómenos meteorológicos extremos en todo el mundo hasta la disminución sin precedentes de esa biodiversidad que sustenta toda la trama de la vida, y han causado graves daños en muchas partes del

secuencia, ilustra las enseñanzas del Papa Francisco según la cual ‘todo está interconectado’”. Lo afirma el cardenal Peter Turkson, prefecto del Dicasterio para el Servicio del Desarrollo Humano Integral, en una reflexión recogida por la publicación *La Vie* con motivo del quinto aniversario de *Laudato si'*.

Algunos de los objetivos de esta celebración especial son fomentar la integración en las comunidades del espíritu *Laudato si'* para dar respuesta al clamor la tierra, a través de una utilización mayor de energía limpia y renovable y la reducción de combustibles fósiles para lograr la neutralidad de carbono, proteger y promover la biodiversidad o garantizar el acceso al agua potable para todos. Responder al clamor de los pobres es otra de las metas fundamentales, mediante la defensa de la vida humana desde la concepción hasta la muerte y de todas las formas de vida sobre la tierra, con especial atención a los grupos vulnerables, como las comunidades indígenas, los migrantes o los niños en riesgo de esclavitud. Poner en el centro una economía ecológica es otra forma de llevar a la práctica las enseñanzas de la encíclica *Laudato si'*, que apuesta por la producción sostenible, el comercio justo, un consumo ético e inversiones éticas y llama a disminuir las inversiones en combustibles fósiles y en cualquier actividad que cause daño al planeta y a las personas, y que pueden sustituirse por energías renovables.

Otro de los objetivos de la encíclica, como se recuerda en el Dicasterio es la adopción de estilos de vida sencilla, mediante la sobriedad en el uso de los recursos y de la energía, evitando los plásticos desechables, adoptando dietas más vegetarianas y reduciendo el consumo de carne, utilizando más el transporte público y evitando transportes contaminantes. La educación ecológica es también fundamental y para ello se deben replantear y reformular los programas educacionales y reformar las instituciones en el espíritu de la ecología integral con el fin de crear conciencia e impulsar acciones concretas, promoviendo la vocación ecológica de los jóvenes, de los maestros y de los líderes en materia de educación. La espiritualidad ecológica es otra de las claves para impulsar comunidades con espíritu *Laudato si'*. Para ello, es necesario recuperar una visión religiosa de la creación de Dios, estimular el contacto con el mundo natural con espíritu de admiración, alabanza, gozo y gratitud, promover celebraciones litúrgicas centradas en la creación, elaborar enfoques ecológicos de catequesis, oración, retiros o formación, entre otras cosas. El Dicasterio también sugiere hacer hincapié en el empeño comunitario y la participación activa en el cuidado de la creación a nivel local, regional, nacional e internacional, promoviendo campañas promocionales y populares, alentando el arraigo en el territorio y en los ecosistemas locales.

Todo el mundo está invitado a participar en la celebración de este aniversario.

mundo. Es necesario responder a la pregunta que el Papa Francisco nos plantea: “¿qué tipo de mundo queremos dejar a quienes nos sucedan, a los niños que están creciendo?” (LS, 160) Las comunidades más pobres son las primeras víctimas de la actual degradación ecológica, y ya no podemos permanecer indiferentes ante el “clamor de la tierra y el clamor de los pobres” (LS, 49) cada vez más desesperados.

La encíclica constituye una guía moral y espiritual para la creación del nuevo paradigma de un mundo más solidario, fraterno, pacífico y sostenible. Mientras el mundo comienza a plantearse cómo debería ser el futuro tras la pandemia, la encíclica de Francisco ya incluye algunas orientaciones para construir un planeta que se base en “una relación más armoniosa entre el ser humano y la naturaleza”. “La crisis del coronavirus comenzó como un problema de salud, pero ha afectado drásticamente a la economía, al medio ambiente, al empleo, a los estilos de vida, la seguridad alimentaria, la tecnología digital y la seguridad de Internet, la política, la gobernanza, las solicitudes de investigación y patentes. Casi ningún aspecto de la vida y la cultura humana se salva. En con-

El mensaje del Papa para la Jornada mundial del migrante y del refugiado que se celebrará el domingo 27 de septiembre

Agravado por la pandemia el drama invisible de los desplazados internos

«C uando hablamos de migrantes y desplazados, nos limitamos con demasiada frecuencia a números. ¡Pero no son números, sino personas! Y si conocemos sus historias, lograremos comprender. Podremos comprender, por ejemplo, que la precariedad que hemos experimentado con sufrimiento, a causa de la pandemia, es un elemento constante en la vida de los desplazados». Es este uno de los pasajes más significativos del mensaje del Papa Francisco para la próxima Jornada mundial del migrante y del refugiado que se celebrará el 27 de septiembre. Dedicado al tema de los desplazados internos —«millones de familias... que huyen del hambre, de la guerra, de otros peligros graves»— el mensaje está articulado en torno a seis parejas de verbos que corresponden a acciones concretas y se concluye con una oración sugerida del ejemplo de san José, exiliado con María en Egipto para salvar al hijo de la persecución de Herodes.

Como Jesucristo, obligados a huir.

rar y animar las acciones pastorales de la Iglesia en este ámbito concreto.

Por ello, decidí dedicar este Mensaje al drama de los desplazados internos, un drama a menudo invisible, que la crisis mundial causada por la pandemia del COVID-19 ha agravado. De hecho, esta crisis, debido a su intensidad, gravedad y extensión geográfica, ha empañado muchas otras emergencias humanitarias que afligen a millones de personas, relegando iniciativas y ayudas internacionales, esenciales y urgentes para salvar vidas, a un segundo plano en las agendas políticas nacionales. Pero «este no es tiempo del olvido. Que la crisis que estamos afrontando no nos haga dejar de lado a tantas otras situaciones de emergencia que llevan consigo el sufrimiento de muchas personas» (*Mensaje Urbi et Orbi*, 12 abril 2020).

A la luz de los trágicos acontecimientos que han caracterizado el año 2020, extendiendo este Mensaje, dedicado a los desplazados internos, a todos los que han experimentado y siguen aún hoy vi-

en sus rostros el rostro de Cristo, hambriento, sediento, desnudo, enfermo, forastero y encarcelado, que nos interpela (cf. *Mt* 25, 31-46). Si lo reconocemos, seremos nosotros quienes le agradezcamos el haberlo conocido, amado y servido.

Los desplazados internos nos ofrecen esta oportunidad de encuentro con el Señor, «incluso si a nuestros ojos les cuesta trabajo reconocerlo: con la ropa rota, con los pies sucios, con el rostro deformado, con el cuerpo llagado, incapaz de hablar nuestra lengua» (*Homilía*, 15 febrero 2019). Se trata de un reto pastoral al que estamos llamados a responder con los cuatro verbos que señalé en el Mensaje para esta misma Jornada en 2018: acoger, proteger, promover e integrar. A estos cuatro, quisiera añadir ahora otras seis parejas de verbos, que se corresponden a acciones muy concretas, vinculadas entre sí en una relación de causa-efecto.

Es necesario conocer para comprender. El conocimiento es un paso necesario hacia la com-



Acoger, proteger, promover e integrar a los desplazados internos

A principios de año, en mi discurso a los miembros del Cuerpo Diplomático acreditado ante la Santa Sede, señalé entre los retos del mundo contemporáneo el drama de los desplazados internos: «Las fricciones y las emergencias humanitarias, agravadas por las perturbaciones del clima, aumentan el número de desplazados y repercuten sobre personas que ya viven en un estado de pobreza extrema. Muchos países golpeados por estas situaciones carecen de estructuras adecuadas que permitan hacer frente a las necesidades de los desplazados» (9 enero 2020).

La Sección Migrantes y Refugiados del Dicasterio para el Servicio del Desarrollo Humano Integral ha publicado las «Orientaciones Pastorales sobre Desplazados Internos» (Ciudad del Vaticano, 5 mayo 2020) un documento que desea inspi-

viendo situaciones de precariedad, de abandono, de marginación y de rechazo a causa del COVID-19.

Quisiera comenzar refiriéndome a la escena que inspiró al papa Pío XII en la redacción de la *Constitución Apostólica Exsul Familia* (1 agosto 1952). En la huida a Egipto, el niño Jesús experimentó, junto con sus padres, la trágica condición de desplazado y refugiado, «marcada por el miedo, la incertidumbre, las incomodidades (cf. *Mt* 2, 13-15, 19-23). Lamentablemente, en nuestros días, millones de familias pueden reconocerse en esta triste realidad. Casi cada día la televisión y los periódicos dan noticias de refugiados que huyen del hambre, de la guerra, de otros peligros graves, en busca de seguridad y de una vida digna para sí mismos y para sus familias» (*Angelus*, 29 diciembre 2013). Jesús está presente en cada uno de ellos, obligado —como en tiempos de Herodes— a huir para salvarse. Estamos llamados a reconocer

prensión del otro. Lo enseña Jesús mismo en el episodio de los discípulos de Emaús: «Mientras conversaban y discutían, Jesús en persona se acercó

eran capaces de reconocerlo» (*Lc* 24, 15-16). Cuando hablamos de migrantes y desplazados, nos limitamos con demasiada frecuencia a números. ¡Pero no son números, sino personas! Si las encontramos, podremos conocerlas. Y si conocemos sus historias, lograremos comprender. Podremos comprender, por ejemplo, que la precariedad que hemos experimentado con sufrimiento, a causa de la pandemia, es un elemento constante en la vida de los desplazados.

Hay que hacerse prójimo para servir. Parece algo obvio, pero a menudo no lo es. «Pero un samaritano que iba de viaje llegó adonde estaba él y, al verlo, se compadeció, y acercándose, le vendó las heridas, echándole aceite y vino, y montándolo en su propia cabalgadura, lo llevó a una

posada y lo cuidó» (Lc 10, 33-34). Los miedos y los prejuicios —tantos prejuicios—, nos hacen mantener las distancias con otras personas y a menudo nos impiden “acercarnos como prójimos” y servirles con amor. Acercarse al prójimo significa, a menudo, estar dispuestos a correr riesgos, como nos han enseñado tantos médicos y personal sanitario en los últimos meses. Este estar cerca para servir, va más allá del estricto sentido del deber. El ejemplo más grande nos lo dejó Jesús cuando lavó los pies de sus discípulos: se quitó el manto, se arrodilló y se ensució las manos (cf. Jn 13, 1-15).

Para reconciliarse se requiere escuchar. Nos lo enseña Dios mismo, que quiso escuchar el gemido de la humanidad con oídos humanos, enviando a su Hijo al mundo: «Porque tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Unigénito, para que todo el que cree en él [...] tenga vida eterna» (Jn 3, 16-17). El amor, el que reconcilia y salva, empieza por una escucha activa. En el mundo de hoy se multiplican los mensajes, pero se está perdiendo la capacidad de escuchar. Sólo a través de una escucha humilde y atenta podremos llegar a reconciliarnos de verdad. Durante el 2020, el silencio se apoderó por semanas enteras de nuestras calles. Un silencio dramático e inquietante, que, sin embargo, nos dio la oportunidad de escuchar el grito de los más vulnerables, de los desplazados y de nuestro planeta gravemente enfermo. Y, gracias a esta escucha, tenemos la oportunidad de reconciliarnos con el prójimo, con tantos descartados, con nosotros mismos y con Dios, que nunca se cansa de ofrecernos su misericordia.

Para crecer hay que compartir. Para la primera comunidad cristiana, la acción de compartir era uno de sus pilares fundamentales: «El grupo de los creyentes tenía un solo corazón y una sola alma: nadie llamaba suyo propio nada de lo que tenía, pues lo poseían todo en común» (Hch 4, 32). Dios no quiso que los recursos de nuestro planeta beneficiaran únicamente a unos pocos. ¡No, el Señor no quiso esto! Tenemos que aprender a compartir para crecer juntos, sin dejar fuera a nadie. La pandemia nos ha recordado que todos estamos en el mismo barco. Darnos cuenta que tenemos las mismas preocupaciones y temores comunes, nos ha demostrado, una vez más, que nadie se salva solo. Para crecer realmente, debemos crecer juntos, compartiendo lo que tenemos, como ese muchacho que le ofreció a Jesús cinco panes de cebada y dos peces... ¡Y fueron suficientes para cinco mil personas! (cf. Jn 6, 1-15).

Se necesita involucrar para promover. Así hizo Jesús con la mujer samaritana (cf. Jn 4, 1-30). El Señor se acercó, la escuchó, habló a su corazón, para después guiarla hacia la verdad y transformarla en anunciadora de la buena nueva: «Venid a ver a un hombre que me ha dicho todo lo que he hecho; ¿será este el Mesías?» (v. 29). A veces, el impulso de servir a los demás nos impide ver sus riquezas. Si queremos realmente promover a las personas a quienes ofrecemos asistencia, tenemos que involucrarlas y hacerlas protagonistas de su propio rescate. La pandemia nos ha recordado cuán esencial es la corresponsabilidad y que sólo con la colaboración de todos —incluso de las categorías a menudo subestimadas— es posible encarar la crisis. Debemos «motivar espacios donde



todos puedan sentirse convocados y permitir nuevas formas de hospitalidad, de fraternidad y de solidaridad» (*Meditación en la Plaza de San Pedro*, 27 marzo 2020).

Es indispensable colaborar para construir. Esto es lo que el apóstol san Pablo recomienda a la comunidad de Corinto: «Os ruego, hermanos, en nombre de nuestro Señor Jesucristo, a que digáis todos lo mismo y que no haya divisiones entre vosotros. Estad bien unidos con un mismo pensar y un mismo sentir» (1 Co 1, 10). La construcción del Reino de Dios es un compromiso común de todos los cristianos y por eso se requiere que aprendamos a colaborar, sin dejarnos tentar por los celos, las discordias y las divisiones. Y en el actual contexto, es necesario reiterar que: «Este no es el tiempo del egoísmo, porque el desafío que enfrentamos nos une a todos y no hace acepción de personas» (*Mensaje Urbi et Orbi*, 12 abril 2020). Para preservar la casa común y hacer todo lo posible para que se parezca, cada vez más, al plan original de Dios, debemos comprometernos

a garantizar la cooperación internacional, la solidaridad global y el compromiso local, sin dejar fuera a nadie.

Quisiera concluir con una oración sugerida por el ejemplo de san José, de manera especial cuando se vio obligado a huir a Egipto para salvar al Niño.

Padre, Tú encomendaste a san José lo más valioso que tenías: el Niño Jesús y su madre, para protegerlos de los peligros y de las amenazas de los malvados.

Concédenos, también a nosotros, experimentar su protección y su ayuda. Él, que padeció el sufrimiento de quien huye a causa del odio de los poderosos, haz que pueda consolar y proteger a todos los hermanos y hermanas que, empujados por las guerras, la pobreza y las necesidades, abandonan su hogar y su tierra, para ponerse en camino, como refugiados, hacia lugares más seguros.

Ayúdalos, por su intercesión, a tener la fuerza para seguir adelante, el consuelo en la tristeza, el valor en la prueba.

Da a quienes los acogen un poco de la ternura de este padre justo y sabio, que amó a Jesús como un verdadero hijo y sostuvo a María a lo largo del camino.

Él, que se ganaba el pan con el trabajo de sus manos, pueda proveer de lo necesario a quienes la vida les ha quitado todo, y darles la dignidad de un trabajo y la serenidad de un hogar.

Te lo pedimos por Jesucristo, tu Hijo, que san José salvó al huir a Egipto, y por intercesión de la Virgen María, a quien amó como esposo fiel según tu voluntad. Amén.

Roma, San Juan de Letrán, 13 de mayo de 2020,
Memoria de la Bienaventurada Virgen María de Fátima.

FRANCISCO

En un mensaje a las Pontificias Obras Misionales el Papa indica el camino a tomar y las tentaciones a evitar

El milagro de la gratuidad que se hace al servicio de la Iglesia

El «fervor misionero puede obtenerse como consecuencia de un razonamiento o de un cálculo» pero nace del «el don gratuito de sí» que se hace servicio a la Iglesia. Lo reafirma el Papa Francisco en el mensaje enviado a las Pontificias Obras Misionales, cuya asamblea general anual —inicialmente prevista para el jueves 21 de mayo, fiesta de la Ascensión del Señor— se pospuso a causa de las restricciones impuestas en estos meses para frenar la pandemia. A continuación, publicamos el mensaje pontificio. Los que se habían reunido, le preguntaron, diciendo: «Señor, ¿es ahora cuando vas a restaurar el reino a Israel?». Les dijo: «No os toca a vosotros conocer los tiempos o momentos que el Padre ha establecido con su propia autoridad; en cambio, recibiréis la fuerza del Espíritu Santo que va a venir sobre vosotros y seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaria y hasta el confín de la tierra». Dicho esto, a la vista de ellos, fue elevado al cielo, hasta que una nube se lo quitó de la vista (Hch 1,6-9).

Después de hablarles, el Señor Jesús fue llevado al cielo y se sentó a la derecha de Dios. Ellos se fueron a predicar por todas partes, y el Señor cooperaba confirmando la palabra con las señales que los acompañaban (Mc 16, 19-20).

Y los sacó hasta cerca de Betania y, levantando sus manos, los bendijo. Y mientras los bendecía, se separó de ellos, y fue llevado hacia el cielo. Ellos se postraron ante Él y se volvieron a Jerusalén con gran alegría; y estaban siempre en el templo bendiciendo a Dios (Lc 24,50-53).

Queridos hermanos y hermanas:

Este año había decidido participar en vuestra Asamblea general anual, el jueves 21 de mayo, fiesta de la Ascensión del Señor, pero se ha cancelado a causa de la pandemia que nos afecta a todos. Por eso, deseo enviáros a todos vosotros este mensaje, para haceros llegar, igualmente, lo que tengo en el corazón para deciros. Esta fiesta cristiana, en estos tiempos inimaginables que estamos viviendo, me parece aún más rica de sugerencias para el camino y la misión de cada uno de nosotros y de toda la Iglesia. Celebramos la Ascensión como una fiesta y, sin embargo, en ella se conmemora la despedida de Jesús de sus discípulos y de este mundo. El Señor asciende al Cielo, y la liturgia oriental narra el estupor de los ángeles al ver a un hombre que con su cuerpo sube a la derecha del Padre. No obstante, mientras Cristo estaba para ascender al Cielo, los discípulos —que, además, lo habían visto resucitado— no parecían que hubiesen entendido aún lo sucedido. Él iba a dar inicio al cumplimiento de su Reino y ellos se perdían todavía en sus propias conjeturas. Le preguntaban si iba a restaurar el reino de Israel (cf. *Hch 1, 6*). Pero, cuando Cristo los dejó, en vez de quedarse tristes, volvieron a Jerusalén «con gran alegría», como escribe Lucas (24, 52). Sería extraño que no hubiera ocurrido nada. En efecto, Jesús ya les había prometido la fuerza del Espíritu Santo, que descendería sobre ellos en Pentecostés. Este es el milagro que hacía las cosas. Y ellos cobraron seguridad, porque confiaron todo al Señor. Estaban llenos de alegría. Y la alegría en ellos era la plenitud de la consolación, la plenitud de la presencia del Señor.

Pablo escribe a los Gálatas que la plenitud del gozo de los Apóstoles no es el efecto de unas emociones que satisfacen y alegran. Es un gozo desbordante que se puede experimentar solamente como fruto y como don del Espíritu Santo (cf. 5, 22). Recibir el gozo del Espíritu Santo es una gracia. Y es la única fuerza que podemos tener para predicar el Evangelio, para confesar la fe en el Señor. La fe es testimoniar la alegría que nos da el Señor. Un gozo como ese no nos lo podemos dar nosotros solos. Jesús, antes de irse, dijo a los suyos que les mandaría el Espíritu, el Consolador. Y así entregó también al Espíritu la obra apostólica de la Iglesia, durante toda la historia, hasta su venida. El misterio de la Ascensión, junto con la efusión del Espíritu en Pentecostés, imprime y confiere para siempre a la misión de la Iglesia su rasgo genético más íntimo: el de ser obra del Espíritu Santo y no consecuencia de nuestras reflexiones e intenciones. Y este es el rasgo que puede hacer fecunda la misión y preservarla de cualquier presunta autosuficiencia, de la tentación de tomar como rehén la carne de Cristo —que asciende al Cielo— para los propios proyectos clericales de poder.

Cuando, en la misión de la Iglesia, no se acoge ni se reconoce la obra real y eficaz del Espíritu Santo, quiere decir que, hasta las palabras de la misión —incluso las más exactas y las más reflexionadas— se han convertido en una especie de «discursos de sabiduría humana», usados para auto glorificarse o para quitar y ocultar los propios desiertos interiores.

La alegría del Evangelio

La salvación es el encuentro con Jesús, que nos ama y nos perdona, enviándonos el Espíritu, que nos consuela y nos defiende. La salvación no es la consecuencia de nuestras iniciativas misioneras, ni siquiera de nuestros razonamientos sobre la encarnación del Verbo. La salvación de cada uno puede ocurrir sólo a través de la perspectiva del encuentro con Él, que nos llama. Por esto, el misterio de la predilección inicia —y no puede no iniciar— con un impulso de alegría, de gratitud. La alegría del Evangelio, esa «alegría grande» de las pobres mujeres que, en la mañana de Pascua, fueron al sepulcro de Cristo y lo hallaron vacío, y que luego fueron las primeras en encontrarse con Jesús resucitado y corrieron a decirlo a los demás (cf. *Mt 28, 8-10*). Sólo así, el ser elegidos y predilectos

puede testimoniar ante todo el mundo, con nuestras vidas, la gloria de Cristo resucitado.

Los testigos, en cualquier situación humana, son aquellos que certifican lo que otro ha hecho. En este sentido —y sólo así—, podemos nosotros ser testigos de Cristo y de su Espíritu. Después de la Ascensión, como cuenta el final del Evangelio de Marcos, los apóstoles y los discípulos «se fueron a predicar por todas partes, y el Señor cooperaba confirmando la palabra con las señales que los acompañaban» (16, 20). Cristo, con su Espíritu, da testimonio de sí mismo mediante las obras que lleva a cabo en nosotros y con nosotros. La Iglesia —explicaba ya san Agustín— no rogaría al Señor que les concediera la fe a aquellos que no conocen a Cristo, si no creyera que es Dios mismo el que dirige y atrae hacia sí la voluntad de los hombres. La Iglesia no haría rezar a sus hijos para pedir al Señor la perseverancia en la fe en Cristo, si no creyese que es el mismo Señor quien tiene en su mano nuestros corazones. En efecto, si la Iglesia le rogase estas cosas, pero pensara que se las puede dar a sí misma, significaría que sus oraciones no serían auténticas, sino solamente fórmulas vacías, frases hechas, formalismos impuestos por el conformismo eclesial (cf. *El don de la perseverancia. A Próspero y a Hilario*, 23,63).

Si no se reconoce que la fe es un don de Dios, tampoco tendrían sentido las oraciones que la Iglesia le dirige. Y no se manifestaría a través de ellas ninguna sincera pasión por la felicidad y por la salvación de los demás y de aquellos que no reconocen a Cristo resucitado, aunque se dedique mucho tiempo a organizar la conversión del mundo al cristianismo.

Es el Espíritu Santo quien enciende y custodia la fe en los corazones, y reconocer este hecho lo cambia todo. En efecto, es el Espíritu el que suscita y anima la misión, le imprime connotaciones “genéticas”, matices y movimientos particulares que hacen del anuncio del Evangelio y de la confesión de la fe cristiana algo distinto a cualquier proselitismo político o cultural, psicológico o religioso.

He recordado muchos de estos rasgos distintivos de la misión en la Exhortación apostólica *Evangelii gaudium*; retomo algunos de ellos.

Atractivo. El misterio de la Redención entró y continúa obrando en el mundo a través de un atractivo que puede fascinar el corazón de los hombres y de las mujeres, porque es y parece más atractivo que las seducciones basadas en el egoísmo, consecuencia del pecado. «Nadie puede venir a mí si no lo atrae el Padre que me ha enviado», dice Jesús en el Evangelio de Juan (6,44). La Iglesia siempre ha repetido que seguimos a Jesús y anunciamos su Evangelio por esto: por la fuerza de atracción que ejercen el mismo Cristo y su Espíritu. La Iglesia —afirmó el Papa Benedicto XVI— «crece en el mundo por atracción y no por proselitismo» (cf. *Homilía en la Misa de apertura de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe*, Aparecida, 13 mayo 2007: AAS 99 [2007], 437). San Agustín decía que Cristo se nos revela atrayéndonos. Y, para poner un ejemplo de este atractivo, citaba al poeta Virgilio, según el cual toda persona es atraída por aquello que le gusta. Jesús no sólo es atractivo para nuestra voluntad, sino también para nuestro gusto (cf. *Comentario al Evangelio de san Juan*, 26, 4). Cuando uno sigue a Jesús, contento por ser atraído por Él, los demás se darán cuenta y podrán asombrarse de ello. La alegría que se experimenta



en aquellos que son atraídos por Cristo y por su Espíritu es lo que hace fecunda cualquier iniciativa misionera.

Gratitud y gratuidad. La alegría de anunciar el Evangelio brilla siempre sobre el fondo de una memoria agradecida. Los apóstoles nunca olvidaron el momento en el que Jesús les tocó el corazón: «Era como la hora décima» (Jn 1, 39). El acontecimiento de la Iglesia resplandece cuando en él se manifiesta el agradecimiento por la iniciativa gratuita de Dios, porque «El nos amó» primero (1 Jn 4, 10), porque «fue Dios quien hizo crecer» (1 Cr 3, 6). La predilección amorosa del Señor nos sorprende, y el asombro —por su propia naturaleza— no podemos poseerlo por nosotros mismos ni imponerlo. No es posible «asombrarse a la fuerza». Sólo así puede florecer el milagro de la gratuidad, el don gratuito de sí. Tampoco el fervor misionero puede obtenerse como consecuencia de un razonamiento o de un cálculo. Ponerse en «estado de misión» es un efecto del agradecimiento, es la respuesta de quien, en función de su gratitud, se hace dócil al Espíritu Santo y, por tanto, es libre. Si no se percibe la predilección del Señor, que nos hace agradecidos, incluso el conocimiento de la verdad y el conocimiento mismo de Dios —ostentados como posesión que hay que adquirir con las propias fuerzas— se convertirían, de hecho, en «letra que mata» (cf. 2 Co 3, 6), como demostraron por vez primera san Pablo y san Agustín. Sólo en la libertad del agradecimiento se conoce verdaderamente al Señor. Y resulta inútil —y, más que nada, inapropiado— insistir en presentar la misión y el anuncio del Evangelio como si fueran un deber vinculante, una especie de «obligación contractual» de los bautizados.

Humildad. Si la verdad y la fe, la felicidad y la salvación no son una posesión nuestra, una meta alcanzada por nuestros méritos, entonces el Evangelio de Cristo se puede anunciar solamente desde la humildad. Nunca se podrá pensar en servir a la misión de la Iglesia con la arrogancia individual y a través de la ostentación, con la soberbia de quien se desvirtúa también el don de los sacramentos y las palabras más auténticas de la fe, haciendo de ellos un botín que ha merecido. No se puede ser humilde por buena educación o por querer parecer cultivadores. Se es humilde si se sigue a Cristo, que dijo a los suyos: «Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón» (Mt 11, 29). San Agustín se pregunta cómo es posible que, después de la Resurrección, Jesús se dejó ver sólo por sus discípulos y no, en cambio, por los que lo habían crucificado. Responde que Jesús quería dar la impresión de querer «burlarse de quienes le habían dado muerte. Era más importante enseñar la humildad a los amigos que echar en cara a los enemigos la verdad» (Discurso 284, 6).

Facilitar, no complicar. Otro rasgo de la auténtica obra misionera es el que nos remite a la paciencia de Jesús, que también en las narraciones del Evangelio acompañaba siempre con misericordia las etapas de crecimiento de las personas. Un pequeño paso, en medio de las grandes limitaciones humanas, puede alegrar el corazón de Dios más que las zancadas de quien va por la vida sin grandes dificultades. Un corazón misionero reconoce la condición actual en la que se encuentran las personas reales, con sus límites, sus pecados, sus debilidades, y se hace «débil con los débiles» (1 Co 9, 22). «Salir» en misión para llegar a las periferias humanas no quiere decir vagar sin dirección ni sentido, como vendedores impa-

cientes que se quejan de que la gente es muy ruda y anticuada como para interesarse por su misión. A veces se trata de animar al paso para acompañar a quienes se han quedado al borde del camino. A veces hay que imitar al padre de la parábola del hijo pródigo, que deja las puertas abiertas y otea todos los días el horizonte, con la esperanza de la vuelta de su hijo (cf. *Lc 15, 20*). La Iglesia no es una aduana, y quien participa de algún modo en la misión de la Iglesia está llamado a no añadir cargas inútiles a las vidas ya difíciles de las personas, a no imponer caminos de formación sofisticados y pesados para gozar de aquello que el Señor da con facilidad. No pongamos obstáculos al deseo de Jesús, que ora por cada uno de nosotros y nos quiere curar a todos, salvar a todos.

Ceranía en la vida «cotidiana». Jesús encontró a sus primeros discípulos en la orilla del lago de Galilea, mientras estaban ocupados en su trabajo. No los encontró en un convenio, ni en un seminario de formación, ni en el templo. Desde siempre, el anuncio de salvación de Jesús llega a las personas allí donde se encuentran y así como en la vida de cada día. La vida ordinaria de todos, la participación en las necesidades, esperanzas y problemas de todos, es el lugar y la condición en la que quien ha reconocido el amor de Cristo y ha recibido el don del Espíritu Santo puede dar razón a quien le pregunte de la fe, de la esperanza y de la caridad. Caminando juntos, con los demás. Principalmente en este tiempo en el que vivimos, no se trata de inventar itinerarios de adiestramiento “dedicados”, de crear mundos paralelos, de construir burbujas mediáticas en las que hacer resonar los propios eslóganes, las propias declaraciones de intenciones, reducidas a tranquilizadores “nominalismos declaratorios”. He recordado ya otras veces —a modo de ejemplo—, que en la Iglesia hay quien continúa a evocar enfáticamente el eslogan: “Es la hora de los laicos”, pero mientras tanto parece que el reloj se hubiera parado.

El “sensus fidei” del Pueblo de Dios. Hay una realidad en el mundo que tiene una especie de “olfato” para el Espíritu Santo y su acción. Es el Pueblo de Dios, predilecto y llamado por Jesús, que, a su vez, sigue buscándolo y clama siempre por Él en las angustias de la vida. El Pueblo de Dios mendiga el don de su Espíritu; confía su espera a las sencillas palabras de las oraciones y nunca se acomoda en la presunción de la propia autosuficiencia. El santo Pueblo de Dios reunido y ungido por el Señor, en virtud de esta unción, se hace infalible “in credendo”, como enseña la Tradición de la Iglesia. La acción del Espíritu Santo concede al Pueblo de los fieles un “instinto” de la fe —el *sensus fidei*— que le ayuda a no equivocarse cuando cree lo que es de Dios, aunque no conozca los razonamientos ni las formulaciones teológicas para definir los dones que experimenta. Es el misterio del pueblo peregrino que, con su espiritualidad popular, camina hacia los santuarios y se encomienda a Jesús, a María y a los santos; que recurre y se revela conatural a la libre y gratuita iniciativa de Dios, sin tener que seguir un plan de movilización pastoral.

Predilección por los pequeños y por los pobres. Todo impulso misionero, si está movido por el Espíritu Santo, manifiesta predilección por los pobres y por los pequeños, como signo y reflejo de la preferencia que el Señor tiene por ellos. Las personas directamente implicadas en las iniciativas y estructuras misioneras de la Iglesia no deberían justificar nunca su falta de atención a los pobres con la excusa —muy usada en ciertos ambientes eclesiales— de tener que concentrar sus propias energías en los cometidos prioritarios de la misión. La predilección por los pobres no es algo opcional en la Iglesia.

Las dinámicas y los criterios arriba descritos forman parte de la misión de la Iglesia, animada por el Espíritu Santo. Normalmente, en los enunciados y en los discursos eclesiales, se reconoce y afirma la necesidad del Espíritu Santo como fuente de la misión de la Iglesia, pero también sucede que tal reconocimiento se reduce a una especie de “homenaje formal” a la Santísima Trinidad, una fórmula introductoria convencional para las intervenciones teológicas y para los planes pastorales. Hay en la Iglesia muchas situaciones en las que el primado de la gracia se reduce a un postulado teórico, a una fórmula abstracta. Sucede que muchos proyectos y organismos vinculados a la Iglesia, en vez de dejar que se



VIENE DE LA PÁGINA 7

transparente la obra del Espíritu Santo, acaban confirmando solamente la propia autorreferencialidad. Muchos mecanismos eclesiales a todos los niveles parecen estar absorbidos por la obsesión de promocionarse a sí mismos y sus propias iniciativas, como si ese fuera el objetivo y el horizonte de su misión.

Hasta aquí he querido retomar y volver a proponer criterios y sugerencias sobre la misión de la Iglesia que ya había expuesto de forma más extensa en la Exhortación apostólica *Evangelii gaudium*. Lo he hecho porque creo que también para las OMP puede ser útil y fecundo —y no aplazable— confrontarse con esos criterios y sugerencias en esta etapa de su camino.

El Pueblo de Dios mendiga el don de su Espíritu; confía su espera a las sencillas palabras de las oraciones y nunca se acomoda en la presunción de la propia autosuficiencia. El santo Pueblo de Dios reunido y ungido por el Señor, en virtud de esta unión, se hace infalible "in credendo", como enseña la Tradición de la Iglesia

Las OMP y el tiempo presente:

talentos a desarrollar, tentaciones y enfermedades a evitar

¿Hacia dónde conviene mirar de cara al presente y al futuro de las OMP? ¿Cuáles son los estorbos que hacen el camino más gravoso?

En la fisionomía, es decir, en la identidad de las Obras Misionales Pontificias, se aprecian ciertos rasgos distintivos —algunos, por así decirlo, genéticos; otros, adquiridos durante el largo recorrido histórico— que con frecuencia se descuidan o se dan por supuestos. Pues bien, esos rasgos justamente pueden custodiar y hacer preciosa —sobre todo en el momento presente— la contribución de esta "red" a la misión universal, a la que toda la Iglesia está llamada.

- Las Obras Misionales nacieron de forma espontánea del fervor misionero manifestado por la fe de los bautizados. Existe y permanece una íntima afinidad, una familiaridad entre las Obras Misionales y el *sensus fidei* infalible en credendo del Pueblo fiel de Dios.

- Las Obras Misionales, desde el principio, avanzaron sobre dos "binarios" o, mejor dicho, sobre dos vías que van siempre paralelas y que, en su sencillez, han sido siempre familiares al corazón del Pueblo de Dios: la oración y la caridad, en la forma de limosna, que «libra de la muerte y purifica del pecado» (*Tb* 12, 9), el «amor intenso» que «tapa multitud de pecados» (cf. *1 P* 4, 8). Los fundadores de las Obras Misionales, empezando por Pauline Jaricot, no se inventaron las oraciones y las obras a las que confiar sus intenciones de anunciar el Evangelio, sino que las tomaron simplemente del tesoro inagotable de los gestos más cercanos y habituales para el Pueblo de Dios en camino por la historia.

El milagro de la gratuidad que se hace al servicio de la Iglesia

- Las Obras Misionales, surgidas de forma gratuita en la trama de la vida del Pueblo de Dios, por su configuración simple y concreta, han sido reconocidas y valoradas por la Iglesia de Roma y por sus obispos, quienes, en el último siglo, han pedido poder adoptarlas como peculiar instrumento del servicio que ellos prestan a la Iglesia universal. De aquí que se haya atribuido a tales Obras la calificación de "Pontificias". Desde ese momento, resalta en la fisionomía de las OMP su característica de instrumento de servicio para sostener a las Iglesias particulares en la obra del anuncio del Evangelio. De este modo, las Obras Misionales Pontificias se ofrecieron con docilidad como instrumento de ser-

mentos, el sacerdocio y la sucesión apostólica— son continuamente recreados por el Espíritu Santo y no están a disposición de la Iglesia como un objeto de posesión adquirida (cf. Card. J. Ratzinger, *Los movimientos eclesiales y su colocación teológica. Intervención durante el Convenio mundial de movimientos eclesiales*, Roma, 27-29 mayo 1998).

- Las Obras Misioneras, desde su primera difusión, se estructuraron como una red capilar extendida en el Pueblo de Dios, totalmente sujeta y, de hecho, "inmanente" a las redes de las instituciones y realidades ya presentes en la vida eclesial, como las diócesis, las parroquias, las comunidades religiosas. La vocación peculiar de las personas implicadas en las Obras Misionales nunca se ha vivido ni percibido como una vía alternativa, como una pertenencia "externa" a las formas ordinarias de la vida de las Iglesias particulares. La invitación a la oración y a la colecta de recursos para la misión siempre se ha ejercido como un servicio a la comunión eclesial.

- Las Obras Misionales, convertidas con el tiempo en una red extendida por todos los continentes, manifiestan por su propia configuración la variedad de matices, condiciones, problemas y dones que caracterizan la vida de la Iglesia en los diferentes lugares del mundo. Una pluralidad que puede proteger contra homogeneizaciones ideológicas y unilateralismos culturales. En este sentido, también a través de las OMP se puede experimentar el misterio de la universalidad de la Iglesia, en la que la obra incesante del Espíritu Santo crea armonía entre las distintas voces, mientras que el Obispo de Roma, con su servicio de caridad, ejercido también a través de las Obras Misionales Pontificias, custodia la unidad de la fe.

Todas las características hasta aquí descritas pueden ayudar a las Obras Misionales Pontificias a evitar las insidias y patologías que amenazan su camino y el de otras muchas instituciones eclesiales. Señalaré algunas de ellas.

Insidias a evitar

Autorreferencialidad. Las organizaciones y los entes eclesiales, más allá de las buenas intenciones de cada particular, acaban a veces replegándose sobre sí mismos, dedicando sus fuerzas y su atención, sobre todo, a su propia promoción y a la celebración de sus propias iniciativas en clave publicitaria. Otros parecen dominados por la obsesión de redefinir continuamente su propia relevancia y sus propios espacios en el seno de la Iglesia, con la justificación de querer relanzar mejor su propia misión. Por estas vías —dijo una vez el entonces cardenal Joseph Ratzinger— se alimenta también la idea falsa de que una persona es más cristiana si está más comprometida en estructuras intraeclesiales, cuando en realidad casi todos los bautizados viven la fe, la esperanza y la caridad en su vida ordinaria, sin haber formado parte nunca de comisiones eclesiales y sin interesarse por las últimas novedades de política eclesial (cf. *Una compañía siempre reformable. Conferencia en el "Meeting de Rimini"*, 1 septiembre 1990).

Ansia de mando. Sucede a veces que las instituciones y los organismos surgidos para ayudar a la comunidad eclesial, poniendo al servicio los dones suscitados en ellos por el Espíritu Santo, pretenden ejercer con el tiempo supremacías y funciones de control en las comunidades a las que deberían servir. Esta postura suele ir acompañada por la presunción de ejercitar el papel de "depositarios" dispensadores de certificados de legitimidad hacia los demás. De hecho, en estos casos, se comportan como si la Iglesia fuera un producto de nuestros análisis, de nuestros programas, acuerdos y decisiones.

Elitismo. Entre aquellos que forman parte de organismos o entidades estructuradas de la Iglesia, gana terreno, en diversas ocasiones, un sentimiento elitista, la idea no declarada de pertenecer a una aristocracia, a una clase superior de especialistas que busca ampliar sus propios espacios en complicidad o competencia con otras élites eclesiales, y que adiestra a sus miembros con los sistemas y las lógicas mundanas de la militancia o de la competencia técnico-profesional, con el propósito principal de promover siempre sus propias prerrogativas oligárquicas.

Aislamiento del pueblo. La tentación elitista en algunas realidades vinculadas a la Iglesia va a veces acompañada por un sentimiento de superioridad y de intolerancia hacia la multitud de los bautizados, hacia el Pueblo de Dios que quizás asiste a las parroquias y a los santuarios, pero que no está compuesto de "activistas" comprometidos en organizaciones católicas. En estos casos, también se mira al Pueblo de Dios como a una masa inerte, que tiene siempre necesidad de ser reanimada y movilizada por medio de una "toma de conciencia" que hay que estimular a través de razonamientos, llamadas de atención, enseñanzas. Se



actúa como si la certeza de la fe fuera consecuencia de palabras persuasivas o de métodos de adiestramiento.

Abstracción. Los organismos y las realidades vinculadas a la Iglesia, cuando son autorreferenciales, pierden el contacto con la realidad y se enferman de abstracción. Se multiplican encuentros inútiles de planificación estratégica, para producir proyectos y directrices que sólo sirven como instrumentos de autopromoción de quien los inventa. Se toman los problemas y se seccionan en laboratorios intelectuales donde todo se manipula y se barniza según las claves ideológicas de preferencia; donde todo, se puede convertir en simulacro fuera de su contexto real, incluso las referencias a la fe y las

dicaciones del Papa, ofrezco a vuestra consideración criterios y sugerencias generales, sin entrar en detalles, porque los contextos diferentes pueden requerir de igual modo adaptaciones y variaciones.

1) En la medida en que podáis, y sin hacer demasiadas conjeturas, custodiad o redescubrid la inserción de las OMP en el seno del Pueblo de Dios, su inmanencia respecto a la trama de la vida real en que nacieron. Sería buena una “inmersión” más intensa en la vida real de las personas, tal como es. A todos nos hace bien salir de la cerrazón de las propias problemáticas internas cuando se sigue a Jesús. Conviene adentrarse en las circunstancias y en las condiciones concretas, cuidando o procurando también restituir la capilaridad de la acción y de los contac-

prácticas de la oración y de la colecta de recursos para las misiones, algo valioso y apreciado, debido a su elementalidad y concreción. Esto manifiesta la afinidad de las OMP con la fe del Pueblo de Dios. Aun con toda la flexibilidad y demás adaptaciones que se requieran, conviene que este modelo elemental de las OMP no se olvide ni se altere. Orar al Señor para que Él abra los corazones al Evangelio y suplicar a todos para que sostengan también en lo concreto la obra misionera. En esto hay una sencillez y una concreción que todos pueden percibir con gozo en el tiempo presente, en el cual, incluso en la circunstancia del flagelo de la pandemia, se nota por todas partes el deseo de estar y de quedarse cerca de todo aquello que es, simplemente, Iglesia. Buscad también nuevos caminos, nuevas formas para vuestro servicio; pero, al hacerlo, no es necesario complicar lo que es simple.

3) Las OMP son —y así deben experimentarse— un instrumento de servicio a la misión de las Iglesias particulares, en el horizonte de la misión de la Iglesia, que abarca siempre todo el mundo. En esto consiste su contribución siempre preciosa al anuncio del Evangelio. Todos estamos llamados a custodiar por amor y gratitud, también con nuestras obras, los brotes de vida teologal que el Espíritu de Cristo hace germinar y crecer donde Él quiere, incluso en los desiertos. Por favor, en la oración, pedid primero que el Señor nos disponga a discernir las señales de su obrar, para después indicárselas a todo el mundo. Sólo esto puede ser útil: pedir que, para nosotros, en lo íntimo de nuestro corazón, la invocación al Espíritu Santo no se reduzca a un postulado estéril y redundante de nuestras reuniones y de nuestras homilias. Sin embargo, no es útil hacer conjeturas y teorías sobre grandes estrategias o “directivas centrales” de la misión a las que delegar, como a presuntos y fatuos “depositarios” de la dimensión misionera de la Iglesia, la tarea de volver a despertar el espíritu misionero o de dar licencias misioneras a los demás. Si, en alguna situación, el fervor de la misión disminuye, es signo de que está menguando la fe. Y, en tales casos, la pretensión de reanimar la llama que se apaga con estrategias y discursos acaba por de-

con los dones gratuitos de curación y consolación que el Espíritu Santo esparce en la vida cotidiana de lo que podría llamarse la “clase media de la santidad”. Y vosotros podéis alegraros y exultar saboreando los encuentros que puedan surgir gracias al trabajo de las OMP, dejándolos sorprender por ellos. Pienso en las historias que he escuchado de muchos milagros que ocurren entre los niños, que quizás se encuentran con Jesús a través de las iniciativas propuestas por la Infancia misionera. Por eso, vuestra acción no se puede “esterilizar” en una dimensión exclusivamente burocrática-profesional. No pueden existir burócratas o funcionarios de la misión. Y vuestra gratitud puede hacerse a la vez don y testimonio para todos. Podéis indicar para el consuelo de todos —con los medios que tenéis, sin artificiosidad—, las vicisitudes de personas y comunidades que vosotros podéis encontrar con mayor facilidad que otros; personas y comunidades en las que brilla gratuitamente el milagro de la fe, de la esperanza y de la caridad.

5) La gratitud ante los prodigios que realiza el Señor entre sus predilectos, los pobres y los pequeños a los que Él revela lo que es escondido a los sabios (cf. Mt 11,25-26), también os puede ayudar a sustraerlos de las insidias de los repliegamientos autorreferenciales y a salir de vosotros mismos en el seguimiento a Jesús. La idea de una acción misionera autorreferencial, que se pasa el tiempo contemplándose e incensándose por sus propias iniciativas, sería en sí misma un absurdo. No dediquéis demasiado tiempo y recursos a “miraros” y a redactar planes centrados en los propios mecanismos internos, en la funcionalidad y en las competencias del propio sistema. Mirad hacia fuera, no os miréis al espejo. Romped todos los espejos de vuestra casa. Los criterios a seguir, también en la realización de los programas, tienen que mirar a aligerar, a hacer más flexibles las estructuras y los procesos, más que a cargar con adicionales elementos estructurales la red de las OMP. Por ejemplo, que cada director nacional, durante su mandato, se comprometa a individuar algún potencial sucesor, teniendo como único criterio el de indicar no a personas de su círculo de amigos o compañeros de “cordada” eclesial, sino a personas que le parezca que tienen más fervor misionero que él.

6) Con referencia a la colecta de recursos para ayudar a la misión, ya en ocasión de otros encuentros pasados, llamé la atención sobre el riesgo de transformar las OMP en una ONG dedicada sólo a la recaudación y a la asignación de fondos. Esto depende del ánimo con que se hacen las cosas, más que de lo que se hace. En cuanto a la recaudación de fondos puede ser ciertamente aconsejable, y aún más oportuno, utilizar con creatividad incluso metodologías actualizadas de búsqueda de financiaciones por parte de potenciales y beneméritos patrocinadores. Pero, si en algunas zonas disminuye la recaudación de donativos —también por el debilitamiento de la memoria cristiana—, en esos casos, podemos estar tentados de resolver nosotros el problema “cubriendo” la



mentiones a Jesús y al Espíritu Santo.

Funcionalismo. Las organizaciones autorreferenciales y elitistas, incluso en la Iglesia, frecuentemente acaban dirigiendo todo hacia la imitación de los modelos de eficiencia mundanos, como aquellos impuestos por la exacerbada competencia económica y social. La opción por el funcionalismo garantiza la ilusión de “solucionar los problemas” con equilibrio, de tener las cosas bajo control, de acrecentar la propia relevancia, de mejorar la administración ordinaria de lo que se tiene. Pero, como ya os dije en el encuentro que tuvimos en 2016, una Iglesia que tiene miedo a confiarse a la gracia de Cristo y que apuesta por la eficacia del sistema está ya muerta, aun cuando las estructuras y los programas en favor de clérigos y laicos “auto-afanados” durase todavía siglos.

Consejos para el camino

Mirando al presente y al futuro, y buscando también dentro del itinerario de las OMP los recursos para superar las insidias del camino y seguir adelante, me permito daros algunas sugerencias, para ayudarlos en vuestro discernimiento. Puesto que habéis iniciado también un proceso de reconsideración de las OMP que queréis que esté inspirado por las in-

teraciones de las OMP en su entrelazamiento con la red eclesial —diócesis, parroquias, comunidades, grupos—. Si se da preferencia a la propia inmanencia al Pueblo de Dios, con sus luces y sus dificultades, se puede huir mejor de la insidia de la abstracción. Es necesario dar respuesta a las preguntas y a las exigencias reales, más que formular o multiplicar propuestas. Quizás, desde el

En la medida en que podáis, y sin hacer demasiadas conjeturas, custodiad o redescubrid la inserción de las OMP en el seno del Pueblo de Dios, su inmanencia respecto a la trama de la vida real en que nacieron. Sería buena una “inmersión” más intensa en la vida real de las personas, tal como es

cuerpo a cuerpo con la vida ordinaria, y no desde cenáculos cerrados o a partir de análisis teóricos sobre las propias dinámicas internas, podrán surgir además intuiciones útiles para cambiar y mejorar los propios procedimientos operativos, adaptándolos a los diversos contextos y a las diversas circunstancias.

2) Mi sugerencia es encontrar el modo en el que la estructura esencial de las OMP siga unida a las

bilitarla aún más y hace avanzar sólo el desierto.

4) El servicio llevado a cabo por las OMP, por su naturaleza, pone a los agentes en contacto con innumerables realidades, situaciones y acontecimientos que forman parte del gran flujo de la vida de la Iglesia en todos los continentes. En este flujo podemos encontrarnos con muchas lentitudes y esclerosis que acompañan a la vida eclesial, pero también

VIENE DE LA PÁGINA 9

realidad y poniendo todo el esfuerzo en un sistema de colecta más eficaz, que busque grandes donantes. Sin embargo, el sufrimiento por la pérdida de la fe y por la disminución de los recursos no hay que eliminarlo, sino hay que ponerlo en las manos del Señor. Y, de todas formas, es bueno que la petición de donativos para las misiones siga dirigiéndose prioritariamente a toda la multitud de los bautizados, buscando también una forma nueva para la colecta en favor de las misiones que se realiza en las Iglesias de todos los países en octubre, con ocasión de la Jornada Mundial de las Misiones. La Iglesia continúa, desde siempre, yendo hacia adelante también gracias al óbolo de la viuda, a la contribución de toda la multitud de personas que se sienten sanadas y consoladas por Jesús y que, por ello, por su inmensa gratitud, donan lo que tienen.

7) Con respecto al uso de las donaciones recibidas, discernid siempre con un apropiado *sensus Ecclesiae* la distribución de los fondos, para sostener las estructuras y los proyectos que, de distintos modos, realizan la misión apostólica y el anuncio del Evangelio en las distintas partes del mundo. Tened siempre en cuenta las verdaderas necesidades primarias de las comunidades y, al mismo tiempo, evitad formas de asistencialismo que, en vez de ofrecer instrumentos al fervor misionero, acaban por entibiar los corazones y alimentar también dentro de la Iglesia fenómenos de clientela parasitaria. Con vuestra contribución, buscad dar respuestas concretas a exigencias objetivas, sin dilapidar los recursos en iniciativas con connotaciones abstractas, replegadas sobre sí mismas o fabricadas por el narcisismo clerical de alguien. No cedáis al complejo de inferioridad ni a las tentaciones de imitar a aquellas organizaciones tan funcionales que recogen fondos para causas justas y luego destinan un buen porcentaje de ellos para financiar su estructura y promocionar su propia identidad. También esto se convierte a veces en un modo para cuidar los propios intereses, aunque hagan ver que trabajan en favor de los pobres y necesitados.

8) Por lo que respecta a los pobres, no os olvidéis de ellos tampoco vosotros. Esta fue la recomendación que, en el Concilio de Jerusalén, los apóstoles Pedro, Juan y Santiago dieron a Pablo, Bernabé y Tito, que discutían sobre su misión entre los incircuncisos: «Sólo nos pidieron que nos acordáramos de los pobres» (Ga 2,10). Después de aquella recomendación, Pablo organizó las colectas en favor de los hermanos de la Iglesia de Jerusalén (cf. 1 Co 16,1). La predilección por los pobres y los pequeños es parte de la misión de anunciar el Evangelio, que está desde el principio. Las obras de caridad espirituales y corporales hacia ellos manifestaban una «preferencia divina» que interpela la vida de fe de todo cristiano, llamado a tener los mismos sentimientos de Jesús (cf. Flp 2,5).

9) Las OMP, con su red difundida por todo el mundo, reflejan la rica variedad del «pueblo con muchos rostros» reunido por la gracia de Cristo, con su fervor misionero. Fervor que no es igual de intenso ni vavaz en todo tiempo y lugar. Y, además, la misma urgencia compartida



El milagro de la gratuidad que se hace al servicio de la Iglesia

de confesar a Cristo muerto y resucitado, se manifiesta con tonos diversos, según los diversos contextos. La revelación del Evangelio no se identifica con ninguna cultura y, en el encuentro con nuevas culturas que no han acogido la predicación cristiana, no es necesario imponer una forma determinada cultural junto con la propuesta evangélica. Hoy, también en el trabajo de las OMP, conviene no llevar cargas pesadas; conviene custodiar su perfil variado y su referencia común a los rasgos esenciales de la fe. También puede ofuscar la universalidad de la fe cristiana la pretensión de estandarizar la forma del anuncio, tal vez orientado todo hacia clichés o a eslóganes que están de moda en algunos círculos de ciertos países cultural o políticamente dominantes. A este respecto, también la relación especial que une a las OMP con el Papa y con la Iglesia de Roma representa un recurso y un apoyo a la libertad, que ayuda a todos a sustraerse de modas pasajeras, de servilismos a escuelas de pensamiento unilateral o a homogeneizaciones culturales con características neocolonialistas; fenómenos que, por desgracia, se dan también en contextos eclesiales.

10) Las OMP no son en la Iglesia un ente independiente, suspendido en el vacío. Dentro de su especificidad, que conviene cultivar y renovar siempre, está el vínculo especial que las une al Obispo de la Iglesia de Roma, que preside en la caridad. Es hermoso y confortante reconocer que este vínculo se manifiesta en una labor llevada a cabo con la alegría, sin buscar aplausos o reclamar pretensiones; una obra que, justamente en su gratuidad, se entrelaza con el servicio del Papa, siervo de los siervos de Dios. Os pido que el carácter distintivo de vuestra cercanía al Obispo de Roma sea precisamente este: compartir el amor a la Iglesia, reflejo del amor a Cristo, vivido y manifestado en el silencio, sin jactarse, sin delimitar el «terreno propio»; con un trabajo cotidiano que se inspire en la caridad y en su misterio de gratuidad; con una obra que sostenga a innumerables perso-

nas interiormente agradecidas, pero que quizás no saben a quién dar las gracias, porque desconocen hasta el nombre de las OMP. El misterio de la caridad en la Iglesia se lleva a cabo así. Sigamos caminando juntos hacia adelante, felices de avanzar en medio de las pruebas, gracias a los dones y a las consolaciones del Señor. Mientras tanto, reconocemos con alegría en cada paso, que todos somos siervos inútiles, empezando por mí.

Conclusión

Id con ardor: en el camino que os espera hay mucho que hacer. Si hubiera que experimentar cambios en

esté iluminada por lo único necesario: un poco de amor verdadero a la Iglesia, como reflejo del amor a Cristo. Vuestra tarea se realiza al servicio del fervor apostólico, es decir, al impulso de vida teológica que sólo el Espíritu Santo puede operar en el Pueblo de Dios. Preocupaos de hacer bien vuestro trabajo, «como si todo dependiese de vosotros, sabiendo que, en realidad, todo depende de Dios» (S. Ignacio de Loyola). Como ya os dije en otro encuentro, tened la prontitud de María. Cuando fue a casa de Isabel, María no lo hizo como un gesto propio: fue como sierva del Señor Jesús, al que llevaba en su seno. No dijo nada de sí misma, sólo llevó al Hijo y alabó a Dios. Ella no era la protagonista.

Vuestra acción no se puede «esterilizar» en una dimensión exclusivamente burocrática-profesional. No pueden existir burócratas o funcionarios de la misión. Y vuestra gratitud puede hacerse a la vez don y testimonio para todos. Podéis indicar para el consuelo de todos —con los medios que tenéis, sin artificiosidad—, las vicisitudes de personas y comunidades que vosotros podéis encontrar con mayor facilidad que otros

los procedimientos, sería bueno que estos mirasen a aligerar y no a aumentar los pesos; que se dirigiesen a ganar flexibilidad operativa y no a producir nuevos sistemas rígidos y siempre amenazados de introversión; teniendo presente que una excesiva centralización, más que ayudar, puede complicar la dinámica misionera. Y también que una articulación a escala puramente nacional de las iniciativas pondría en peligro la fisiónomía misma de la red de las OMP, además del intercambio de dones entre las Iglesias y comunidades locales, algo que se experimenta como fruto y signo tangible de la caridad entre hermanos, en comunión con el Obispo de Roma.

En cualquier caso, pedid siempre que toda consideración relativa a la organización operativa de las OMP

Fue como la sierva de aquel que es también el único protagonista de la misión. Pero no perdió el tiempo, fue de prisa, para asistir a su paciente. Ella nos enseña esta prontitud, la prisa de la fidelidad y de la adoración.

Que la Virgen os custodie a vosotros y a las Obras Misionales Pontificias, y que su Hijo, Nuestro Señor Jesucristo, os bendiga. Él, antes de subir al Cielo, nos prometió que estaría siempre con nosotros hasta el final de los tiempos.

Dado en Roma, en San Juan de Letrán, el 21 de mayo de 2020, Solemnidad de la Ascensión del Señor.

Franciscus

Un grito de ayuda

La Red eclesial panamazónica pide al mundo salvar la región de las garras de la codicia y el saqueo

Una acción unitaria que involucre a los pueblos indígenas, la sociedad civil, la Iglesia Católica y todas las denominaciones religiosas “preocupadas por la Creación”, los gobiernos, las instituciones internacionales de derechos humanos, la comunidad científica y todas las personas de buena voluntad, para intervenir inmediatamente en defensa de la “querida Amazonia” con “todo su esplendor, su drama, su misterio” (*Querida Amazonia*, 1). Con una declaración de la sede de Quito, de fecha 18 de mayo y firmada por el Cardenal Presidente Cláudio Hummes, el Cardenal Vicepresidente Pedro Ricardo Barreto Jimeno y el Secretario Ejecutivo Mauricio López Oropeza, la Red Panamericana de Iglesias (Repam) ha lanzado un llamamiento urgente al mundo “para evitar una inmensa tragedia humanitaria y ambiental”. El documento habla de un “colapso estructural del Amazonas”, un “virus de violencia y saqueo”, dejando claro de inmediato que el problema no es sólo el coronavirus: “Una tremenda fuerza, de proporciones nunca antes vistas, está devastando la Amazonia en dos dimensiones que se combinan de forma brutal: la pandemia de Covid-19 que alcanza a los más vulnerables, y el aumento descontrolado de la violencia sobre los territorios. El dolor y el grito de los pueblos y el de la tierra, se funden en un mismo clamor”.

Los pueblos de la Amazonia, explica Hummes, “han pedido que la Iglesia fuera un aliado, una Iglesia que estuviera con ellos, una Iglesia que apoyara lo que deciden, lo que quieren y cómo pretenden construir su futuro en este momento tan difícil de la pandemia”.

De Bolivia a Colombia, de Venezuela a Brasil, de Perú a Ecuador, a Guyana: en los diferentes países de la Amazonia, la Iglesia se hace eco de llamamientos y peticiones de ayuda en un contexto que “amenaza la supervivencia de este bioma y de sus pueblos”.

En Bolivia, por ejemplo, los pueblos indígenas acusan a las instituciones públicas de falta de coordinación y consulta en la prevención y la lucha contra la pandemia, subrayando que no se difunde toda la información en los idiomas originales reconocidos por la Constitución. En Colombia, los obispos, si bien reconocen los esfuerzos del gobierno, señalan que “los pueblos indígenas, los campesinos y los afrodescendientes son los grupos en mayor riesgo, porque ya se encontraban en una situación de pobreza estructural, en condiciones de inseguridad alimentaria y desnutrición, sin acceso a la salud y al agua potable”.

La inseguridad alimentaria también es motivo de preocupación en Venezuela, donde “estos pueblos se sienten amenazados por el posible contagio a causa de las actividades de minería ilegal en sus territorios y el tránsito de los migrantes venezolanos y gente ajena a sus territorios que cruzan sus tierras para que re-

gresar a sus países de origen. Los pueblos indígenas están tomando medidas de aislamiento y manejo y control territorial, tales como la ampliación de sus cultivos dentro de sus territorios y comunidades, para garantizar su soberanía alimentaria”.

En Brasil, escribe la REPAM, “32 procuradores del Ministerio Público Federal declaran que ‘el escenario de riesgo de genocidio entre los pueblos indígenas requiere acciones de emergencia por parte de organismos y entidades públicas’. La Movilización Nacional Indígena establece que existe ‘una intención evidente del gobierno de evitar que el Subsistema Indígena de Atención Médica funcione’”.



Y en Perú existe preocupación por la situación de varios pueblos amazónicos (incluidos muchos indígenas) que han emigrado a las ciudades en busca de trabajo y se encuentran ahora totalmente indefensos: los prelados de la Amazonia peruana instan a las autoridades a que apoyen su retorno a sus comunidades y a que se aseguren de que se haga de acuerdo con los protocolos establecidos por el Ministerio de Salud.

Otras solicitudes de medidas específicas, como la de la Alianza de Parlamentarios Indígenas de América Latina, se dirigen a la Organización Mundial de la Salud, mientras que la Coordinación de Naciones Indígenas de la Cuenca del Amazonas pide contribuciones a un fondo de emergencia del Amazonas para proteger a los tres millones de habitantes de la selva tropical nativa que son vulnerables al nuevo coronavirus.

Su coordinador general, José Gregorio Díaz Mirabal, miembro del pueblo Wakuenai Kurripako, originario de la Amazonia venezolana, explica que “es un llamado de los pueblos indígenas de la Amazonia, porque nos están ignorando”.

Se recuerda que la Iglesia Católica, por su parte, “ha realizado esfuerzos máximos, particularmente a través de las Cáritas de cada región, para contribuir con recursos materiales y económicos, así como también con el apoyo social y espiritual”.

Como se ha señalado, el problema no es sólo la pandemia del Covid 19. En el comunicado, la Repam explica que en la Amazonia “otro virus sigue amenazando a la gente y a la selva”, citando la queja del Frente Parlamentario Conjunto para los Derechos de los Pueblos Indígenas en Brasil: “Incluso cuando la pandemia está frenando la economía; la minería y la deforestación ilegal en

para las comunidades del interior del país: “La extracción de oro fue declarada como actividad esencial por el gobierno por causa de la recesión provocada por el Covid-19 y el aumento mundial del precio de este metal”.

Sobre el preocupante aumento de la violencia en el campo, la Comisión Pastoral de la Tierra (órgano del episcopado brasileño) ha declarado recientemente que en 2019 la gran mayoría (84%) de los asesinatos debidos a conflictos rurales en Brasil tuvieron lugar en la Amazonia. Y se recuerda que, por su denuncia, la Iglesia ha sido atacada varias veces, como ocurrió hace unas

tierras indígenas de la región siguen en pleno apogeo”.

En Ecuador, la propia Red de la Iglesia Panamericana condena la ruptura del oleoducto trans-ecuatoriano y del oleoducto de Crudos Pesado el 7 de abril, que provocó un grave derrame de petróleo y afectó a 97.000 personas que vivían en las orillas de los ríos Coca y Napo.

Según los obispos de la Amazonia brasileña “podemos ver ‘una inmensa tragedia humanitaria causada por un colapso estructural’”. Denuncian, en particular, “los proyectos de ley para la minería en tierras indígenas y las medidas parlamentarias que intentan definir una nueva regularización de la tierra en Brasil, las cuales eliminan la reforma agraria, la regularización de los territorios de los pueblos indígenas y tradicionales, para favorecer el acaparamiento de tierras, la deforestación y a las empresas depredadoras, regularizando ocupaciones ilegales para la minería y el agnegocio en tierras indígenas”.

Por su parte, el Foro de Política de Guyana reitera que la minería destruye el bosque y que el movimiento de mineros y camioneros es un peligroso vehículo de contagio

semanas en el Consejo Indigenista Misionero.

El texto concluye citando la exhortación apostólica post-sinodal *Querida Amazonia* del Papa Francisco, pero también la exhortación apostólica *Evangelii gaudium* en el párrafo (53) en el que se menciona la economía de la exclusión: “Estamos en un momento decisivo para la Amazonia y para el mundo -escribe REPAM-, un momento de gestación de nuevas relaciones inspiradas en la ecología integral, o de la pérdida de los sueños del Sínodo, si el miedo, los intereses, y la presión de los poseedores de los grandes capitales imponen cada vez más fuerte el modelo de una ‘economía que mata’”.

Conceptos retomados por el Pontífice el domingo de Pascua en el mensaje *Urbi et Orbi*, con el que lanzó -concluye la Red Eclesial Panamazónica- un urgente llamamiento a la solidaridad planetaria: “Este no es el momento para la indiferencia (...), el egoísmo (...), la división (...), el olvido. Que la crisis que enfrentamos no nos haga dejar de lado tantas otras situaciones de emergencia que traen consigo el sufrimiento de muchas personas”.

En la audiencia general el llamamiento del Pontífice para custodiar la creación que lleva la firma de Dios y a defender la vida

La oración es la primera fuerza de la esperanza



*Dios, con su palabra,
llama a la vida y cada cosa accede a la existencia.
Con la palabra, separa la luz de las tinieblas, alterna el día y la
noche, hace que se sucedan las estaciones, abre una paleta de
colores con la variedad de las plantas y de los animales. En este
bosque desbordante que rápidamente derrota al caos, el hombre
aparece en último lugar*

«Si el transcurso de la vida, con todas sus amarguras, corre a veces el riesgo de sofocar en nosotros el don de la oración, basta con contemplar un cielo estrellado, un atardecer, una flor... para volver a encender la llama del agradecimiento». Lo subrayó el Papa Francisco en la audiencia general del miércoles por la mañana, 20 de mayo, que se llevó a cabo en la Biblioteca privada del Palacio apostólico Vaticano, sin presencia de fieles a causa de la pandemia de covid-19. Continuando el ciclo de catequisis sobre el tema de la oración —definida como «primera fuerza de la esperanza»— el Pontífice centró la meditación sobre el «misterio de la Creación» (Salmos 8, 4-5.10).

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Continuamos las catequisis sobre la oración, meditando sobre el misterio de la Creación. La vida, el simple hecho de que existamos, abre el corazón del hombre a la oración.

La primera página de la Biblia parece un gran himno de agradecimiento. El relato de la Creación está marcado por estribillos, en los que continuamente se reafirma la bondad y la belleza de todas las cosas que existen. Dios, con su palabra, llama a la vida y cada cosa accede a la existencia. Con la palabra, separa la luz de las tinieblas, alterna el día y la noche, hace que se sucedan las estaciones, abre una paleta de colores con la variedad de las plantas y de los animales. En este bosque desbordante que rápidamente derrota al caos, el hombre aparece en último lugar. Y esta aparición provoca un exceso de exultación que amplifica la satisfacción y la alegría: «Vio Dios cuanto había hecho, y todo estaba muy bien. Y atardeció y amaneció: día sexto» (Gé-

nesis 1, 31). Todo estaba muy bien, pero también era hermoso: se ve la belleza de toda la Creación.

La belleza y el misterio de la Creación generan en el corazón del hombre el primer movimiento que suscita la oración (cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, 2566). Así reza el Salmo octavo, que hemos escuchado al inicio: «Al ver tu cielo, hechura de tus dedos, la luna y las estrellas, que fijaste tú, ¿qué es el hombre para que de él te acuerdes, el hijo de Adán para que de él te cuides?» (vv. 4-5). El orante contempla el misterio de la existencia en torno a él, ve el cielo estrellado que se yergue sobre él —y que la astrofísica nos muestra hoy en toda su inmensidad— y se pregunta qué designio de amor debe haber detrás de una obra tan poderosa... y, en esta inmensidad sin límites, ¿qué es el hombre? «Qué poco», dice otro Salmo (cf. 89, 48): un ser que nace, un ser que muere, una criatura muy frágil. Y en cambio, en todo el universo, el ser humano es la única criatura consciente de tanta profusión de belleza. Un ser pequeño que nace, muere, hoy está y mañana no está, es el único consciente de esta belleza. ¡Nosotros somos conscientes de esta belleza!

La oración del hombre está estrechamente vinculada con el sentimiento del estupor. La grandeza del hombre es infinitesimal si se la compara con las dimensiones del universo. Sus conquistas más grandes parecen poca cosa... Pero el hombre no es nada. En la oración se afirma de forma apremiante un sentimiento de misericordia. Nada existe por casualidad: el secreto del universo está en una mirada benévola que alguien cruza en nuestros ojos. El Salmo afirma que somos apenas inferiores a un Dios y estamos coronados de gloria y esplendor (cf. 8, 6). La relación con

Dios es la grandeza del hombre: su entronización. Por naturaleza somos casi nada, pequeños pero por vocación, por llamada, somos los hijos de un gran Rey.

Es una experiencia que muchos de nosotros no han tenido. Si el transcurso de la vida, con todas sus amarguras, corre a veces el riesgo de sofocar en nosotros el don de la oración, basta con contemplar un cielo estrellado, un atardecer, una flor... para volver a encender la llama del agradecimiento. Esta experiencia es, tal vez, la base de la primera página de la Biblia.

Cuando se redactó el gran relato bíblico de la Creación, el pueblo de Israel no estaba atravesando días felices. Una potencia enemiga había ocupado la tierra; muchos habían sido deportados y ahora se encontraban como esclavos en Mesopotamia. Ya no había patria, ni templo, ni vida social y religiosa, nada.

Y sin embargo, precisamente partiendo del gran relato de la Creación, alguien comienza a reencontrar motivos de agradecimiento, a alabar a Dios por la existencia. La oración es la primera fuerza de la esperanza. Tu reza y la esperanza crece, va adelante. Yo diría que la oración abre la puerta a la esperanza. La esperanza existe, pero con mi oración abro la puerta. Porque los hombres de oración custodian las verdades fundamentales; son quienes se repiten, ante todo a sí mismos y después a los demás, que esta vida, a pesar de todas las fatigas y las pruebas, a pesar de sus días difíciles, está llena de una gracia de la que maravillarse. Y como tal, hay que defenderla y protegerla siempre.

Los hombres y las mujeres que rezan saben que la esperanza es más fuerte que el desánimo. Crean que el amor es más potente que la muerte y que un día triunfará, aunque no sepamos en qué tiempo ni de qué manera. Los hombres y las mujeres de oración llevan destellos de luz reflejados en el rostro: porque, ni siquiera en los días más oscuros, el sol deja de iluminarlos. La oración te ilumina: te ilumina el alma. Te ilumina el corazón y te ilumina el rostro. También en los tiempos más oscuros, también en los tiempos de mayor dolor.

Todos somos portadores de alegría. ¿Habéis pensado esto, que eres un portador de alegría? ¿O prefieres llevar noticias malas, cosas que entristecen? Todos somos capaces de llevar alegría. Esta vida es el don que Dios nos ha dado: y es demasiado breve para consumirla en la tristeza, en la amargura. Alabemos a Dios, contentos simplemente por existir. Miremos el universo, miremos las bellezas y miremos también nuestras cruces y digamos: «Pero tú existes, tú nos has hecho así, por ti». Es necesario sentir esa inquietud del corazón que lleva a agradecer y a alabar a Dios. Somos los hijos del gran Rey, del Creador, capaces de leer su firma en toda la creación; esa creación que hoy no custodiamos, pero en esa creación está la firma de Dios que nos hizo por amor. Que el Señor nos haga entender esto, cada vez de forma más profunda y nos lleve a decir «gracias»: y ese «gracias» es una hermosa oración.

Al finalizar la catequisis, antes de rezar el Padre nuestro y de impartir la bendición, el Papa saludó a los diferentes grupos lingüísticos de fieles que seguían la audiencia a través de los medios.

Saludo cordialmente a los fieles de lengua española que siguen esta catequisis a través de los medios de comunicación social. Que Jesús resucitado, con la fuerza de su Espíritu Santo, nos haga portadores de alegría, afiance en nosotros la esperanza y también la certeza de que el amor es más fuerte que la muerte y que triunfa siempre. Que Dios los bendiga.